

EPÍLOGO

José Ortega y Gasset (1883-1955) hombre de su tiempo y de su circunstancia, que vivió a la altura de los tiempos (*cfr.* IV, 157) y salvó sus circunstancias (*cfr.* I, 322).

Hoy, el tiempo y las circunstancias nos reúnen, leer a Ortega, o bien leer algo sobre Ortega nos trae no sólo recuerdos, enseñanzas, etcétera, sino que nos da la posibilidad de encontrarnos con el hombre que somos todos y cada uno de nosotros; con el hombre, el pensador inquieto, vivaz, agudo que nos arroja, pues su obra tiene un rasgo característico que es su estilo retórico, en el sentido de que no hay grandes diferencias entre la palabra hablada y escrita, además de tener estética. Como comenta Octavio Paz en el texto *José Ortega y Gasset: ¿El cómo y el para qué?*, “Hay una manera de pensar, un estilo, que sólo es de Ortega y Gasset. En ese *modo operatorio*, que combina el rigor intelectual con una necesidad estética de expresión personal, está el secreto de su unidad... Pensar fue, para él, sinónimo de expresar”.¹ La claridad, precisión y elegancia es muy probable, la primera cualidad que nos atrapa dando paso a la forma y el fondo en la obra orteguiana, cuya unidad de orden intelectual tiene una raíz vital que alcanza el difícil equilibrio del interés de la actualidad y la permanencia de lo clásico. Así es como nos acercamos y nos encontramos con este pensador del siglo XX, José Ortega y Gasset: “Estoy seguro de que el pensamiento de Ortega será descubierto, y muy pronto, por las nuevas generaciones españolas. No concibo una cultura hispánica sana sin su presencia... regresar a Ortega y Gasset no será repetirlo, sino al continuarlo, rectificarlo”.²

1 Paz, Octavio, *Obras Completas*, México, Fondo de Cultura Económica, 1994, t. 4, p. 296.

2 *Idem*.

El pensamiento orteguiano se pone entre la actualidad y lo clásico, y esta unión se da precisamente por su claridad. Ortega dijo que la claridad es la cortesía del filósofo (*cfr.* VII, 282) Una claridad que posibilita un pensamiento de extraordinaria complejidad. Por un lado, numerosos estudios sobre nuestro pensador han insistido en que su pensamiento se ha ido fraguando en diálogo e influencia con el de otros filósofos como Dilthey, Nietzsche, Simmel, Husserl, Heidegger; así como bajo el influjo de los maestros neokantianos Natorp y Cohen son indiscutibles. Y por el otro lado los tópicos que aborda: el hombre, el conocimiento, la antología, la historia, lo social, lo político, la educación, la ética, la estética, la religión.

La influencia y labor intelectual de Ortega no se limitó exclusivamente a la filosofía, y propiamente a la filosofía de cátedra universitaria, sino que se abrió al campo más global de la crítica social y cultural, así como a toda meditación sobre cualquier acontecimiento que trastocará su amplísima “circunstancia”. Prueba de ello son los ocho volúmenes de *El Espectador* (1936-1934) que está dirigido a “un público de amigos de mirar” reflexivamente.

José Ortega y Gasset no es un pensador que podamos encasillar en un tema, en una pregunta. Es un filósofo que se ocupó, por exigencias de la realidad —y propiamente de la realidad española—, en muchos temas, asuntos como pueden ser el social y político. El núcleo esencial de su filosofía social y política se encuentra en la teoría de la minoría selecta, en la concepción aristocrática de la sociedad, en la idea de que toda sociedad se encuentra original e irremediablemente dividida en una minoría y en una masa. Esta distinción se fundamenta en la concepción metafísica de la vida humana. “Mi vida”, la vida de cada uno de los hombres constituye la realidad radical, indubitable, evidente, primera con la que me encuentro y en la que toda otra realidad radica. No es la realidad absoluta, es simplemente la primera, el primer principio de la filosofía. Y vivir consiste en decidir en cada instante lo que vamos a hacer, lo que vamos a ser y hacer en una circunstancia

forzosa, en función de un proyecto vital que somos y que constituye nuestro más íntimo yo. La vida no nos viene dada, hecha, sino que tenemos que hacerla. Es libertad en la fatalidad, esencial dramatismo. Esta falta de determinación, esta radical libertad entraña la consecuencia de que no todo vivir posea igual valor, sino que existan formas de vida más o menos valiosas, que pueden ser reducidas a dos tipos ideales: la vida noble caracterizada por el esfuerzo creador, la fidelidad al proyecto vital; y a la vida vulgar caracterizada por la inercia, la inautenticidad, el dejarse ser. Como resulta que los mejores son necesariamente los menos, toda sociedad está inevitablemente formada por una minoría y una mayoría. Así, la sociedad se origina por la unión dinámica entre una minoría ejemplar y una masa dócil. Estos conceptos son expuestos en su obra más conocida *La rebelión de las masas* (1930), que leída y comprendida constituye un lúcido diagnóstico de la crisis europea de los años veinte y una enérgica defensa de la democracia liberal frente a los ataques de dos nuevas formas políticas emergentes y propias del hombre-masa, de un hombre que no aspira a tener razón y convencer, sino a imponerse mediante la acción directa y que declara abolida toda jerarquía y excelencia: el fascismo y el comunismo.

La función del hombre selecto no es para Ortega el ejercicio del mando o poder político, sino servir de ejemplo o modelo. Ejemplaridad y docilidad son, respectivamente, las funciones del hombre-noble y del hombre-masa. Es la sociedad la que es aristocrática, advirtiéndole para nuestro pensador que la aristocracia no es un grupo o clase social, sino una forma ejemplar de vida, un tipo ideal de humanidad; y el ideal no consiste en la suplantación de la realidad por el capricho o el deseo, sino en su progresivo perfeccionamiento.

La política debe ser democrática, pues, el imperio de la opinión pública. La democracia constituye una respuesta al problema de la titularidad del poder político. Reside en el gobierno del pueblo ejercido por sus representantes elegidos. La democracia posee carácter formal; se trata de un método político, de un pro-

cedimiento para tomar decisiones que consiste en la legalización de la opinión pública. Ortega advierte sobre los peligros que el igualitarismo democrático entraña para la civilización y la libertad cuando va mas allá del ámbito de la política. Ortega y Gasset siempre consideró que la democracia liberal era la más alta forma de organización política ideada por los hombres, y que cualquier otra que pudiera ser concebida tendría que partir de ella y perfeccionarla, nunca ir contra ella.

El ascenso de las masas al pleno poderío social constituye el mayor peligro para la civilización y para la libertad. Su pretensión es proteger al liberalismo de los excesos de la democracia, y este papel tiene que ser desempeño por las minorías. Lo anterior se funda en la afirmación de la superioridad intelectual y moral de la minoría. Ortega junto con Scheler y Mannheim son defensores de la sociedad liberal frente a los riesgos de la masificación y de la mediocridad.

Liberalismo y democracia no son antagónicos pero sí distintos. Ortega es, desde luego, más liberal que demócrata. El liberalismo es una concepción sobre el hombre y la sociedad que entraña una forma de entender la política y el Estado. Y que sustenta una serie de características: la adopción de un punto de vista metodológico individualista, la exaltación del individuo y sus derechos frente al poder del Estado y, en general, de la sociedad, la afirmación de la supremacía de las leyes naturales sobre las estatales, la limitación de la injerencia del Estado en la vida social y económica, el predominio de la libre competencia y de la iniciativa privada, la defensa del parlamentarismo y de la división de poderes, y la idea de que toda ley entraña una limitación de la libertad individual. Es así como la libertad no es el valor supremo, sino la condición de posibilidad de todo otro valor. Así, mientras la democracia es el gobierno de la opinión pública, el liberalismo es una respuesta al problema del ejercicio del poder y sus límites.

La teoría de la minoría selecta de Ortega constituye una fundamentación del principio de la limitación del poder democrático al ámbito estrictamente político. Fuera de él deviene ilegítimo y

constituye una de las vías que conducen al totalitarismo, a la absorción de toda la vida humana por la política.

Podríamos ampliar aún más nuestras reflexiones, sin embargo, nuestro propósito no es agotar el pensamiento de José Ortega y Gasset sino compartir con el lector nuestra apreciación del trabajo que el maestro Arriola Cantero ha realizado. Un trabajo que puede ser disfrutado por igual tanto por aquellos que se acercan por vez primera al monumental edificio intelectual de Ortega, como por aquellos que hemos pasado años fatigando sus múltiples estancias; un trabajo riguroso, consistente y, a la vez, ameno y equilibrado. Un trabajo, en fin, que nos permite acercarnos al pensamiento de Ortega tal y como él mismo nos pide que nos acerquemos a la filosofía cuando nos dice: “La filosofía es retirada, anábasis, arreglo de cuentas de uno consigo mismo, es la pavorosa desnudez de sí mismo ante sí mismo” (*cfr.* VII 145). La filosofía es la verdad, la terrible y desolada verdad de lo que puramente son las cosas y lo que es el hombre nada más (*cfr.* VIII, 145).

Este trabajo nos presenta el pensar de Ortega tal cual. Nada más pero también, y en esto consiste su acierto, nada menos.

Guillermina Alonso Dacal
Escuela de Filosofía, Universidad La Salle